

# Néstor Braunstein

## La memoria, la inventora

Fabienne Bradu



Empecé a frecuentar el seminario del doctor Néstor Braunstein cuando citaba a Julio Cortázar: “La memoria comienza en el espanto”, y anticipaba así el título del primer tomo de esta trilogía: *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*. Seguí asistiendo a las sesiones mercuriales durante toda la exposición del segundo tomo: *La memoria, la inventora*. Por ello, en mi calidad de testigo cautivo, antes de comentar el resultado libresco, quisiera evocar el laboratorio, el crisol donde se precipitaron, semana tras semana, las páginas que pretenden recoger la memoria de la experiencia y que no siempre coinciden con la evocación de mi propia memoria.

Para empezar habría que subrayar el cruce de disciplinas que convergen en este seminario inscrito en el marco de la Cátedra Maestros del Exilio Español de la Facultad

de Filosofía y Letras: psicoanálisis, filosofía, literatura, historia, neurociencias, tal las puntas de una estrella que desembocan en una singular rotonda: la cabeza del doctor Braunstein. “Un psicoanalista no debe recular ante ningún tipo de conocimiento”, proclamó hace poco con una pizca de exaltación. El prodigio convierte al espécimen en una *rara avis* en la población promedio de la Universidad Nacional. Por lo general, es preciso reunir a cinco profesores para conformar semejante galaxia interdisciplinaria y a veces, ni siquiera así fosforece la luz. La excepcionalidad del maestro a su vez convierte la enseñanza en un espectáculo, destino diurno y fatalidad nocturna de las estrellas. Lo atestigua un salón invariablemente abarrotado de estudiantes, algunos sentados en el suelo como si se tratara de presenciar un rito misterioso, y donde el calor que emana de los cuerpos traiciona el hervor de las mentes caldeadas por los enunciados. El ambiente recuerda algo de las clases salvajes del 68 o de la posterior Universidad de Vincennes, principalmente por la pinta de los estudiantes, a un tiempo exéntrica y concentrada, como si participan del parto del conocimiento con una íntegra inocencia. Por su lado, el doctor Braunstein se prepara antes de desempeñar su parte pero, a diferencia de los comediantes, suele hacerlo a la vista de todos, sin máscara ni maquillaje, ya subido sobre la tarima. Se concentra colocando un cuaderno de notas, varias fichas y numerosos libros sobre el escritorio, después de quitarse el saco como se dispusiera a luchar a brazo partido con la escurridiza y calidoscópica memoria. No cabe duda de que si su cerebro se viera vestido, ya tendría la camisa arremangada. Cuando la utilería queda acomodada, levanta rápidamente los ojos

hacia el público, saluda a los espectadores más asiduos, destapa la botella de agua, toma el micrófono y lo mantiene verticalmente bajo el mentón como la barba cónica de un sarcófago egipcio. Entonces, se hace un silencio. Todos miran al doctor como si la esfinge se dispusiera a revelar los secretos del universo. Y así comienza la sesión. En suma, sin aspirar a ser exactamente un mito o una emulación, el seminario del doctor Braunstein se rige según la misma ambición que presidía el seminario de Lacan: el saber no es una enseñanza que se transmite, sino que se elabora, se inventa, a medida de que se “empalabra”, como él dice acerca del funcionamiento de la memoria.

Poco de este fervor queda registrado en el libro de *La memoria, la inventora*. Es una pérdida irremediable, pese a la cantidad de memorias puestas en acción en el transcurso del seminario: como dijimos, en primer lugar, están las casi dos centenas de cabezas engramando las conjeturas en cada sesión; luego, un buen tercio de manos tomando apuntes como si las palabras fuesen a fugarse por las ventanas; también se graba cada sesión para conservar un registro en los anales de la Facultad de Filosofía y Letras; asimismo, el doctor Braunstein escribe una síntesis de cada sesión y la manda por correo electrónico a cada uno de los asistentes, o la pone en su *blog* personal a disposición de un público más amplio. Y además de estos múltiples registros, el libro editado por Siglo XXI Editores fija el discurso, diríamos, para la eternidad. Sin embargo, ninguna de estas versiones resultará idéntica a las otras, por más que se reproduzca letra por letra la integridad de un supuesto original. A fin de cuentas, el seminario sobre la memoria es tan similar al proceder de la memoria que parece una parodia o un pastiche inve-

tado por un psicoanalista demasiado prendado de Marcel Proust.

Como para compensar la pérdida de la experiencia, el libro ofrece matices o hipótesis que la (mi) memoria no había fijado en su momento. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a Borges y sus dos fábulas en torno a la memoria, el autor menciona este fascinante título: *Lete: historia y crítica del olvido* del alemán Harald Weinrich. En la ignorancia de su contenido, me puse a dudar sobre cómo se escribiría la historia del olvido, esa sombra inseparable de la memoria, tan incógnita como imprescindible para vivir. Imaginé un libro en blanco o en negro según lo hubiera escrito Macedonio Fernández o Franz Kafka; en todo caso, un libro sin una sola palabra. Debajo del conocimiento acumulado hasta ahora sobre la memoria, todavía insuficiente pero cada día más esclarecedor, existe la forastera y fantástica noche del olvido, acerca de la cual se sabe menos aún. “¿Cómo será vivir en un mundo sin recuerdos y en el cual las palabras son sólo sonidos, significantes que no llevan consigo ningún significado, porque se han roto las cadenas sintácticas que hacen que una palabra tenga una significación de acuerdo con el contexto gramatical y a la situación discursiva en que son pronunciadas?”, se pregunta el doctor Braunstein acerca del héroe de Luria, Zazetsky, el hombre más vacío de memoria o más lleno de olvido que la historia clínica recuerde. La imaginación parece incapaz de llenar el vacío mientras es más hábil para inventar las probables ficciones acerca de la sobrecundancia de recuerdos. Se me figura que el conocimiento del olvido no depende de futuros descubrimientos acerca de la memoria. No porque sepamos más sobre los mecanismos de la memoria, habremos iluminado las tinieblas del olvido. Puedo equivocarme pero, si bien la memoria es la

gran inventora de nuestras vidas, el olvido seguirá siendo el misterio mayor, principalmente porque es imposible “hacer hablar” al olvido. El doctor Braunstein apunta en un paréntesis: “A mí, personalmente, me subyuga la alegada conversación de Simónides con Temístocles, narrada por Cicerón. Cuando Simónides, el de la succulenta memoria, le ofreció a ese general ateniense un método para aumentar la capacidad de recuerdo, Temístocles replicó que prefería que se le enseñase cómo olvidar lo que prefería no saber”. Y yo añadiría a lo dicho tan sabiamente por Temístocles: “...y cómo no olvidar lo que prefiero saber”. ¿No olvidar es un exacto sinónimo de recordar? Hay ocasiones en que la vida lo pondría en tela de juicio.

Otro pasaje de *La memoria, la inventora* me detuvo en la relectura o rememoración del seminario. Apoyándose en Borges y en Nietzsche, el doctor Braunstein asegura: “La bendición del sueño tiene una condición que enuncian por igual el filósofo y el literato: la suspensión de la memoria”. Pero, ¿acaso no recordamos en los sueños? ¿Acaso las pesadillas no sean precisamente el regreso y la permanencia de fantasmas indeseados? Y si el olvido es tan incontrolable en la vigilia, parece ser más caprichoso aún durante el sueño. La cantidad de preguntas que surgen en el transcurso de la lectura es la misma que uno se lleva en la mente al salir del seminario. Y estoy cierta que la verdadera o la mejor enseñanza consiste en esto: en llenar las cabezas de preguntas y no tanto de respuestas.

No puedo sino regocijarme de la tendencia del doctor Braunstein a mostrar que los escritores y los filósofos suelen adelantarse a los descubrimientos de la ciencia. Asimismo, se muestra sensible a las trampas de la ilusión literaria en el caso del fabuloso novelista que resulta ser Sigmund Freud en

“El hombre de los lobos”. Su aproximación al caso más famoso de la historia del psicoanálisis se antoja más literaria que clínica, y destaca así el poder del relato cuando el analista es, a un tiempo, un terapeuta exitoso y un escritor frustrado. Pero el espejismo también resulta pasmoso cuando sucede al revés. Los casos clínicos de Aleksandr Luria, “centrados en la patología de la memoria, uno por exceso y otro por defecto”, son ficciones que hubiera podido suscribir Borges. Los puentes transitados con soltura por el autor en un sentido u otro, contrastan con los túneles que, según él, cavan aisladamente las neurociencias y el psicoanálisis. Al final del capítulo dedicado a la autobiografía del premio Nobel Eric Kandel, el doctor Braunstein reitera su resistencia a abandonar los problemas de la mente y de la memoria a la sola, soberbia y expansiva ciencia. “Nuestras vidas transcurren en un escenario que no es el físico y no es tampoco el de nuestras neuronas”. Y por eso, concluye con el símil de los túneles: “No es excavando un túnel desde dos laderas de la montaña que se llegará a un punto de encuentro entre ambas perforaciones. ¿Qué tendremos en cambio? Dos túneles. Enhorabuena (...) La divergencia de los caminos nos lleva al extravío: lleva a la ampliación del territorio explorado, a un saber siempre en aumento, a más interrogaciones, a la confirmación de que nunca agotaremos el conocimiento del alma (psiquismo, si se prefiere) de la mujer —y del hombre, dicho sea de paso. A la conclusión absoluta de que no habrá conclusión”. Creo que es una buena síntesis de los múltiples túneles que el doctor Braunstein excava incansablemente en la montaña del conocimiento. [1]

Néstor A. Braunstein, *La memoria, la inventora*, Siglo XXI Editores, México, 2008, 234 pp.

No porque sepamos más sobre los mecanismos de la memoria, habremos iluminado las tinieblas del olvido.